

MENTE, MEMORIA Y DIÁLOGO EN *THE BODY ARTIST* (2001) DE DON DELILLO

María Elena Aguirre

Facultad de Lenguas, Universidad Nacional de Córdoba | Argentina
mariaguirre@arnet.com.ar

Resumen

Al volver a su casa después del funeral de su marido, Lauren Hartke encuentra allí una misteriosa figura que habla con la misma voz de su marido y reproduce conversaciones enteras que ambos mantuvieran cuando él aún estaba vivo. ¿Se trata acaso de una reencarnación del marido? ¿Un fantasma? ¿O bien alguien que los escuchó hablar y ahora repite las conversaciones? ¿O se trata del trauma personal de Lauren por haber sufrido una pérdida abrupta del hombre que ama? Este trabajo se ocupa de la mente, la memoria, y el diálogo en *The Body Artist* (2001) del escritor norteamericano posmodernista Don DeLillo.

Después del suicidio de su marido, Lauren Hartke encuentra en su casa a una misteriosa figura que habla con la voz de su marido y reproduce conversaciones enteras que ambos mantuvieran cuando él vivía. ¿Se trata acaso de una reencarnación del marido? ¿Un fantasma? ¿Un loco o un retrasado mental? ¿O bien alguien que los escuchó hablar y ahora repite las conversaciones? ¿O se trata del trauma personal de Lauren por haber sufrido la abrupta pérdida del hombre que ama? Este trabajo se ocupa de la mente, la memoria, y el diálogo en *The Body Artist* (2001)¹ del escritor norteamericano posmodernista Don DeLillo.

Lauren Hartke es una “body artist”, una artista que mediante contorsiones y pantomimas lleva a su cuerpo hasta el límite de su plasticidad. Ella es su cuerpo. Un día su marido, Rey Robles, un director de cine a quien últimamente no le iba muy bien, se quita la vida en el departamento de su ex mujer. Lauren queda sola en la casa y comienza a escuchar ruidos extraños. Una vez encuentra en un cuarto al que rara vez entraban, a un misterioso personaje que parece hombre y niño a la vez, se mueve con torpeza, y habla de una manera críptica y entrecortada. A Lauren este ser le parece muy raro, “Se divirtió pensando que venía del cyberspacio, que había salido de la pantalla de su computadora en el silencio y quietud de la noche”. ¿Quién es este hombre? ¿Un demente o retrasado mental? ¿Un fantasma? ¿Un misterioso viajero del tiempo? ¿Algún entrometido que los escuchó hablar cuando Rey todavía vivía y ahora repite las conversaciones? ¿O es acaso el producto de la imaginación de Lauren que ha quedado sola y triste luego de la muerte de su marido? El autor no revela el secreto. Solamente nos da indicios. Yo prefiero leer la novela como una bella historia de amor. Lauren ha sufrido la pérdida abrupta del hombre que ama y ahora tiene la ilusión de que él sigue estando allí, con ella, en aquella casa alquilada al lado de un mar que no lleva nombre.

¹ Don DeLillo: *The Body Artist*. New York: Scribner, 2001. La traducción de las citas es de la autora.

Cuando la novela comienza encontramos a Lauren y Rey tomando el desayuno en la cocina. Comen cereales, y toman café con tostadas y manteca. Escuchan el pronóstico del tiempo en la radio, leen el diario. Es una escena cotidiana, habitual, como en cualquier matrimonio, pero por lo sencilla y habitual también nos habla del cariño entre ellos, y su buena comunicación, a pesar de que las conversaciones que mantienen son casi una no conversación, por lo trivial y obvia. Ni siquiera faltan las pequeñas discusiones:

- Decime, porque no estoy seguro. ¿Tomás jugo?
- No nunca tomo ¿No sabías? ¿Cuánto hace que vivimos juntos?
- No tanto como para darme cuenta de esos detalles. (BA 11)

Después, en un capítulo redactado a manera de obituario nos enteramos del suicidio de Rey Robles. Ahora la vida se torna triste y dura para Lauren, “Caminaba despacio por los cuartos. Lo sentía a él detrás de ella cuando se desvestía, cuando se paraba descalza sobre el piso frío, cuando tiraba el sweater que se había puesto y daba media vuelta hacia la cama”. Una vez al salir del auto “casi colapsó, no fue una gran caída sino un leve e inevitable hundirse en el piso, una especie de olvido de cómo mantenerse de pie” (BA 33). Le duele su soledad y su viudez, “Quería desaparecer en el humo de Rey, estar muerta, estar con él” (BA 34). Una mañana escucha un ruido extraño y encuentra una extraña criatura en su casa. Lo llama Mr. Tuttle, porque la hace acordar de un profesor de la secundaria que cuando había poca luz parecía tener pelo muy claro, y bajo la luz fuerte parecía pelado. Él habla de una manera rara, elíptica, pero ella no lo escucha, “recordando momentos con Rey, no momentos exactamente, sino tiempos, o momentos fluyendo en el tiempo, lo erótico del ver y tocar, y ella curvó una mano sobre la otra y dentro de la otra, extrañándolo en su cuerpo y sintiéndose sexualmente y abismalmente sola” (BA 49).

Todo en la novela alude a una “dead zone”, una atmósfera recurrente en la narrativa de Don DeLillo. La casa es una casa alquilada en la costa de un mar que no se nombra. La rodea la soledad. Mr. Tuttle es un personaje por demás extraño, casi atemporal. Su manera de hablar es igualmente extraña. De pronto empieza a hablar como Rey, y a repetir las palabras que él decía, una por una, con la misma entonación, la misma voz y el mismo modo de articular, “No se trataba de una comunicación con el muerto. Era Rey en vida en una conversación que había tenido con ella” (BA 61). Lauren se acuerda, entonces, de cómo habían subido las escaleras y se habían entregado a una noche de sexo, confesiones, confesión de fe en el otro, y de cómo él le había dicho que ella lo estaba ayudando a recobrar su alma (BA 61). En adelante Lauren le va a pedir a Mr. Tuttle, encarecidamente, que hable como Rey:

Hablá como él. Quiero que hagas ésto para mí. Yo sé que lo podés hacer. Hacerlo por mí. Hablá como él. Decí algo que él decía, lo que te acordés. O decí lo que se te venga a la cabeza, mejor. Lo que se te venga a la cabeza, mientras sea algo de él. No te voy a preguntar como lo hacés. Sólo te voy a escuchar. Hablá como él. Hacerlo como él. Hablá con su voz. Hacerlo Rey. Hacé que yo lo escuche. Te lo pido de buen modo. Sé mi amigo. Una persona en quien se puede confiar, eso es un amigo. Hacerlo por mí. (BA 71)

El modo de hablar de Mr. Tuttle es telegráfico y críptico, discontinuo, elíptico, y repetitivo, con silencios, y giros gramaticales impropios:

–Estar aquí ha llegado a mí. Yo estoy con el momento, voy a dejar el momento. Silla, mesa, pared, hall, todo por el momento, en el momento. Ha llegado a mí. Aquí y cerca. Del momento estoy ido, partido, partiendo. Dejaré el momento desde el momento. (BA 74)

–Llegando y yendo yo estoy partiendo. Yo iré y vendré. El partir ha llegado a mí. Nosotros todos, todos, todos, seremos partidos. Porque yo estoy aquí y dónde. Y yo iré o no o nunca. Y yo he visto lo que veré. Si yo estoy donde yo estaré. Porque nada viene entre mí. (BA 74)

El diálogo crucial de la novela es cuando Mr. Tuttle reproduce palabra por palabra la conversación que Lauren y Rey tuvieron la última vez que estuvieron juntos antes de que él se suicidara en Manhattan.

–¿Pero adónde vas?

–Por un ratito, a la ciudad.

...

–A dar una vuelta, eso es todo. Me llevo el Toyota, si es que encuentro mis llaves

–¿Por qué no caminás un poco? El día está lindo. Dejá el auto, dejá las llaves.

–Están en el auto. Por supuesto que las llaves están en el auto. ¿Dónde iban a estar si no? ¿Cómo te puedo decir? Siempre lo mismo. (BA 86-87)

Al escuchar las últimas palabras que había dicho su marido Lauren queda profundamente conmovida. Mr. Tuttle no las está repitiendo de memoria sino que se trata de la voz y el alma de su marido, “Rey está vivo ahora en la mente de este hombre, en su boca, en su cuerpo y en su pito” (BA 87).

Un día Mr. Tuttle desaparece de la casa. Desaparece misteriosamente, de la misma manera en que había llegado. Lauren queda sola y triste. En cuerpo y alma hubiera querido retenerlo, “Lo único que le quedaba era vagabundear por los cuartos extrañándolo. Él se había ido del todo. No quedaba nada de él, ni siquiera un respiro, pero aún cuando los cuartos estaban vacíos, ella sentía que algo en su cuerpo trataba de mantenerlo allí” (BA 96). En esta novela Don Delillo nos habla de la vida, la viudez, la soledad, y el amor, “Tú no sabes amar a los que amas hasta que se van repentinamente” (BA 116). Nos invita a penetrar en la mente de una mujer que, al borde de la locura en su aislamiento, escucha y guarda en un grabador las palabras de su marido ya fallecido. Se trata de una novela de mente, memoria, y diálogo. Resulta paradójico, sin embargo, que una “body artist” fabrique semejantes fantasías hasta el punto de perder contacto con la realidad física. Lauren, para quien su cuerpo es todo, crea un personaje que viene desde el fondo de su interioridad, de la soledad de su alma. En esta ironía vemos que cuerpo y espíritu son inseparables, y que el que busca separarlos emprende una vana tarea, o lo que es aún más impensable, carece de cuerpo o carece de espíritu.